

## **Cadenas rotas**

*Por Ludwig VII*

Sé bien que podría ser contradicho con verdadera razón, pues existe tanta gente que está pasando por situaciones mucho peores, sin embargo, no puedo negar que confesarle a mi familia sobre mi homosexualidad ha sido de las experiencias más difíciles y aterradoras, aunque al mismo tiempo, de las más liberadoras. Cuento este relato con el único objetivo de inspirar, pues a pesar de todo, sé que existen todavía bastantes personas que no han encontrado el valor de ser ellos mismos por el miedo a lo que puede pasar. Llámese tolerancia, respeto, empatía; algo nos sigue faltando.

Pues bien, después de haberlo pensado por tantos años, regreso una tarde como cualquier otra de la escuela y mi mamá se da cuenta que vengo mucho más callado de lo normal. Me pregunta que sí qué tengo y solo puedo decirle que nada. Sentía tanto miedo y tantos nervios en ese momento que sabía que cualquier otra palabra que saliera de mi boca haría las lágrimas brotar de mis ojos. Momentos después de terminar de comer, mi mamá y su grandioso sexto sentido vuelven a insistir y esta vez decido ya no alargar más la situación.

“Me gustan los hombres”, fue lo que le dije y como cualquier otra mamá mexicana, lo primero que me dice es que estoy bromeando, sin embargo, continuo hablando sin respuesta alguna. Le dije todo. Bueno, casi todo. Le conté que yo me sentía de esa manera desde la primaria, cuando me molestaban los niños en el salón aunque nunca haya dicho nada, le conté que yo sentía que ya había pensado lo suficiente para estar seguro y, como si no fuera ya mucho, le conté también lo que sentía por un niño de la escuela, con el único fin de que entendiera que no era un juego. Justo antes de que el nudo en mi garganta me impidiera continuar, le recordé lo que me dijo hace casi un año: “Mientras tu estés feliz, yo estoy feliz”. Silencio.

Puedo afirmar que fueron los segundos de silencio más largos de mi vida. Ella con ojos llorosos y yo con unas tremendas ganas de salir corriendo. Sin decir nada, me abraza y yo empiezo a llorar. Sabía que ella también se sentía muy mal, sin embargo, respondió. Me dijo que no me preocupara, que no llorara, que todo iba a estar bien, y entre otras cosas, que estaba feliz porque lo había aceptado y tuve la confianza de decírselo. No dije

nada, y a pesar de que los momentos que procedieron de esa tarde no hayan sido los más cómodos, hoy no me arrepiento de nada.

Y es que se trata de ponerse en los zapatos del otro y de darte cuenta que la vida es de cada uno y no hay otra manera de vivirla que siendo tú mismo. Tuve la suerte de que mi mamá pudiera entender eso y me confirmara que ella era feliz si yo era feliz, lo cual finalmente me abrió la puerta a la aceptación. Me hizo comprender que es posible permitirles a otros ser fieles a ellos mismos, con empatía, respeto y tolerancia, y es eso a lo que yo le llamo *felicidad*.

Palabras: 530